

CAPÍTULO VII.

CARACTER DE LA CIVILIZACIÓN Y LUJO PERSAS.

ANTES de despedirnos de Baudrillart, es necesario que terminemos con lo que dice, en su *Historia del lujo*, del lujo persa, por lo mismo que á él hemos acudido para que nos imponga sobre el carácter económico del lujo en Asia Menor; si algo queda por completar, no dejaremos de hacerlo; pues bueno es que sobre este lujo oriental tan famosísimo diga su primera palabra tan severo economista.

Va ahora á presentárenos el lujo oriental bajo un nuevo aspecto. Persia es ya un mundo de todo punto diferente de la Asiria y de Egipto.

A la inmovilidad sucede el movimiento. La religión nos explicará este grande hecho, y el lujo será el comentario.

Lo que se puede saber de la antigua sociedad ariana, que ocupa desde luego el territorio del Irán, ha conducido á los historiadores á juzgar que era una raza agrícola, dotada de un carácter de moralidad activo, fuerte, elevado, que contrasta singularmente con los instintos groseros y la inercia de tantas razas orientales.

Este carácter, propio además de lo que se llama la raza jafética, debía transmitirse por mucho tiempo á las fuertes generaciones llamadas á una existencia histórica tan llena de esplendor.

En esta raza ariana, todo el trabajo respira el valor, las virtudes que la agricultura siempre en la brecha llama y engendra, tanto como la vida errante del pastor indiferente parece excluirlas.

No obstante, á falta de lujos demasiado delicados, se encuentra ya en ella, al lado de las artes útiles, la existencia de una especie de magnificencia guerrera.

Después del uso de la piedra, apareció, al lado del hierro, el oro.

por Ahrimán, el príncipe del mal, tiene también carácter inmaterial, el cual parece prestarse poco á las representaciones plásticas, sin repugnarlo enteramente, pues se encuentran las imágenes consagradas á los *ferouërs* y á los *izeds*, mientras que estaban absolutamente prohibidos para las divinidades superiores.

Esta prohibición, que tiende á suprimir una de las partes más importantes del lujo público que hayamos visto desenvolverse entre otras naciones orientales, ha sido notada en términos más claros por Herodoto: «No es, dijo, permitido entre ellos elevar templos, altares, ni igualmente simulacros á los dioses, y miran como atacados de locura aquellos que los erigen. Es, sin duda, para impedir que no se atribuya á los dioses un origen y una forma humana, como entre los griegos. Tienen por regla no sacrificar á Júpiter sino en las cumbres más elevadas de las montañas, y llaman Júpiter al círculo entero de los cielos. Sacrifican al sol, á la luna, á la tierra, al fuego, al agua, al viento..... No hacen uso ni de libaciones, ni de flautas, ni de cintillas, ni de bizcochos salados. El que quiere sacrificar, conduce la víctima á un lugar puro, y la inmola invocando al dios, la cabeza cubierta por una tiara ornada de una guirnalda de mirto. No ruega exclusivamente para él, pidiendo á la divinidad los bienes que desea, sino que además ruega por la dicha de toda la nación persa y por el rey, y se mira como comprendido en el voto general. Hace en seguida á pedazos la víctima, y hace cocer las carnes, que coloca en un lecho de tierna yerba, por lo general de trébol. Cuando todo está así preparado, aparece un mago y canta una teogonía, que algunos miran como una especie de encantación; no es permitido ofrecer un sacrificio sin llamar á los magos. Poco tiempo después, el que ha presentado la víctima toma las carnes y hace de ellas el uso que tiene por conveniente.»

Algunos de estos detalles tan sorprendentes nos dejan comprender lo que había de extremadamente simple en este culto y en sus ceremonias. Mientras que el culto se mantuvo en su austeridad primitiva, son los templos mismos quienes están excluidos por esta religión celebrada en plena luz y al aire libre. La arquitectura religiosa falta, como la pintura y la escultura, en el culto de los dioses. ¡Cuán lejos no estamos ya del Egipto!

Si las costumbres se conformaban rigurosamente á lo prevenido por la religión, la vida privada de una austera autoridad apenas había conocido el lujo; por lo menos no había conocido sus excesos. La pureza moral, en esta religión irania, refleja el idealismo metafísico del dogma.

La vida tiene por regla un acto ideal: cada uno prepara en su corazón el reinado de Ormuz. Todo persa es un soldado del buen dios: es necesario que su vida sea inmaculada como la llama: su esperanza está en ser á su vez luz. Vivir bien, ¿es otra cosa que purificarse?

Esta moral tiene por principio fundamental la actividad, carácter esencial del fuego generador.

Ella afirma enérgicamente la libertad y la responsabilidad humana.

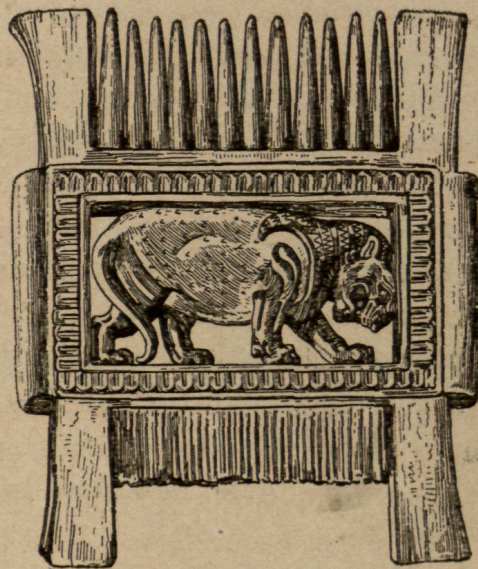


Fig. 240.—Peine de ébano asírico.

Ella extiende esta responsabilidad hasta la vida futura por medio de un sistema de penas y de recompensas.

Ella enseña la justicia, la dulzura, el perdón de las injurias, la pureza del pensamiento, de la palabra y de la acción, la templanza, en fin, y la valiente energía que resiste al enmohecimiento que producen los placeres, el trabajo que parece en sí mismo no ser sino el primero de sus ritos; la misma tierra debe también purificar, es disputada al soplo mortal de Ahrimán, consagrada á Ormuz, que la penetra con su vivificante luz.

También se encuentran, durante un periodo que parece haberse prolongado mucho tiempo estas virtudes llevadas á un grado notable. El contacto con el extranjero, el tiempo, que usa las creencias y las costumbres, debían acarrear la decadencia y cambiar un pueblo vigorosamente templado en una nación célebre por su blandura y por su lujo.

Se puede dar cuenta, hasta cierto punto, bien que á través de las oscuridades, de esta decadencia sucesiva de las creencias y de las antiguas costumbres. Encontramos su rastro en los antiguos monumentos de varias regiones ó ciudades. Se ve que Meru se hizo famoso por su espíritu de controversia; que Niça cayó en una especie de escepticismo; que Herat, entregado á la pereza, fué invadido por la pobreza; que Ourva se manchó de diferentes maneras; que la Hyrcania, finalmente, lleva su desarreglo hasta á los excesos contra la naturaleza; que el Seystan se abandona á las querellas y á los asesinatos; que Ragha lucha con Niça por la temeridad de sus dudas.

Esta alteración de las creencias es un hecho que se encuentra en todas las sociedades, y que coincide siempre con una alteración en las costumbres.

Es un hecho que el lujo privado toma extraordinario desenvolvimiento en Persia.

El lujo público no se despliega más que en el orden civil.

Así se ve aparecer con esplendor artes como la arquitectura y la escultura, que recibieron, la primera sobre todo, notables perfeccionamientos. Se puede juzgar todavía por el palacio de Susa, reducido, no obstante, á escombros, y sobre todo por el de Persépolis, en gran parte en pie.

En esta maravilla, que contemplan los extranjeros con una admiración que no se debilita ni se cansa, la abundancia y la belleza de los mármoles, su sistema tan original como imponente y sólido de construcción, sus hermosos bajos-relieves, sus adornos y sus figuras muy bien hechas, atestiguan un arte muy avanzado, en el que el lujo decorativo tiene su puesto. Si la escultura recuerda además de cerca la escultura asiriana, los jueces más competentes la estiman, empero, como superior de aquella de la cual saca su origen. Tiene más movimiento, más libertad, más exactitud en las proporciones. El lujo decorativo no es aún aquí sino la expresión simbólica de las ideas que son el alma de esta civilización. Es en los bajos-relieves en donde se encuentra el cuadro de las ceremonias religiosas de los persas, el de sus instituciones civiles y políticas. Todo está en movimiento. El carromato de las emigraciones se mueve sobre sus ruedas. Magos, labradores, arqueros, artesanos, llevando en sus manos las señales de sus condiciones. Los animales emblemáticos se agitan, se entrelazan. Los caballos caparazonados hieren con sus pies. Los toros van cargados de diademas. Los leopardos tienen las caras de águila. Las esfinges y otros monstruos llevan la frente mitrada, y parecen reinar en toda esta naturaleza viviente.

En todo, el papel de la Persia es el de un intermediario activo entre el Oriente y el Occidente.

Este papel lo desempeña también en el lujo privado.

Ha transmitido sus usos, tal vez más que ninguna otra nación, á la Europa, por sus relaciones con la Grecia.

En todas partes se encuentra este genio más expansivo, más vario, que el de las otras naciones orientales. Es el hecho de su propia naturaleza y de las circunstancias. Persia ha sido el gran camino del género humano. Los tártaros por un lado, los árabes por otro, todos los pueblos del Asia han habitado uno después de otro en este parador. Su genio la lleva á obrar en el exterior.

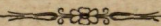
Tiende á ello, y hasta con ayuda de la conquista. Somete á toda el Asia Occidental, la Tracia, la Macedonia, la Siria, la Fenicia y el Egipto. Se ha dicho con razón: tanto el extremo Oriente parece inmóvil, cuanto los pueblos zendos se agitan desde la cuna. Es con ellos que el movimiento de la Historia principia, y que la Humanidad se precipita en esta inquietud que nunca jamás acabará. Un vago instinto les lleva á la conquista de todo lo que les rodea; tienen necesidad de imponer su ley, sus símbolos, sus dioses; quieren ser los apóstoles del mundo. Bajados de las alturas de la Bactriana, sus pueblos, osados jinetes, se precipitan cabeza baja contra la raza de Sem. Babilonia, la Caldea, el imperio de Asiria, son muy pronto su presa.

Este imperio pérsico no se da punto de reposo hasta haberlo subyugado todo, desde la Judea hasta el Halys.

Poco después, Cambises agrega á él el Egipto; pero ya Asia es demasiado estrecha para la misión de esos creyentes; sometido el Oriente, tuvo que apoderarse de Europa, no por medio de una invasión furtiva, por medio de una colonia que va á ocultar su origen en alguna costa desierta, sino por una verdadera emigración del Oriente al Occidente. Sin duda la Grecia no espera sino la llegada del gran rey para inclinarse á sus plantas; los magos lo han prometido. Es la primera vez que un imperio fundado en la sujeción de varios estados separados por sus orígenes, sus cultos, sus constituciones, aparece en el mundo. Por el contacto perpetuo se opera la iniciación de varias razas, artes é industrias en donde figuran los perfeccionamientos útiles como los refinamientos corruptores.

Veamos las formas que tomó ese lujo que debía ser tan contagioso.

Allí también encontramos de nuevo la influencia de la organización social y de la forma política.



EL LUJO PÉRSICO, IMAGEN DE LA ORGANIZACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA.

La Persia ofrece el espectáculo de un vasto feudalismo, sobre el cual una dignidad real cada vez más poderosa concluye por establecer su imperio.

Nada aquí de monarquía teocrática, ó de esta monarquía administrativa formada y representada por los altos funcionarios, que hemos señalado en otras naciones orientales, con las

consecuencias que esta organización política podía tener en cuanto al lujo. Se está aquí en presencia de inmensas *satrapías*, convertidas en otros tantos focos de lujo y de esplendor.

Los monarcas, cuya magnificencia lo eclipsa todo, se presentan no obstante, algunas veces como reformadores de las costumbres, del mismo modo les vemos en lucha con el espíritu de independencia y de revolución. Mas esto es un hecho secundario: el lujo está como en todas partes hasta entre los reyes, que lo reforman, como entre los sátrapas, que son lo mismo que reyes.

El lujo real ha sido descrito, con sus magnificencias excepcionales, por los historiadores. Se han notado numerosos y sorprendentes rasgos.

Lo que más sorprende desde luego es que pocas monarquías emplearán un personal más numeroso.

Una innumerable escolta de caballeros hace asemejar un simple viaje del rey á una expedición de guerra.

Quince mil personas viven á expensas del tesoro real.

Toda una servidumbre de nobles personajes se reparte un mismo cargo, hasta tal punto, que un muy grande número de oficiales tiene por única distinción hacer cada día el lecho del monarca.

En esta sabia jerarquía de cortesanos, los primeros son honrados con el título de parientes del rey y llevan un traje de púrpura y una condecoración de oro; los otros están también revestidos de insignias más ó menos espléndidas.

En ninguna parte, tal vez, un lujo igual de concubinas. Ocupan dos partes de la casa, bajo la guardia de un pueblo de eunucos. A partir del día de su llegada, pasan un año en los perfumes, antes de ser admitidas al honor del lecho real. El número es tal, que cada una no debe ser admitida sino una sola vez, á menos de ser llamada expresamente. Todos los pueblos del Asia vienen á ser tributarios de este real harem. Por rebajadas que parezcan las reinas al lado del soberano, su lujo reúne todas las magnificencias del tocado.

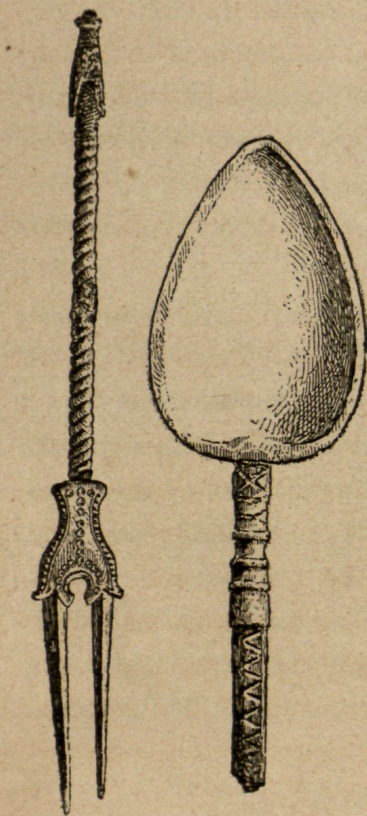


Fig. 211.—Cuchara y tenedor asíricos de bronce.

En cuanto al ídolo real, se muestra poco á los pueblos. A veces no se le apercibe sino tras un resplandeciente cortejo. Va paseando de una villa á la otra sus placeres y sus fastidios, y Susa, Babilonia, Ecbatana, disfrutaban cada una del privilegio de poseerlo algunos meses del año.

Las comidas del rey están dispuestas por leyes fijas. El reglamento determina la procedencia del manjar. El agua viene del Choaspes, y en los viajes del príncipe se la transporta en vasos de plata del templo de Júpiter Ammón, situado al oeste del Africa; el vino es tomado del Chalybón, en Siria; el trigo viene de Eolia. El rey ordinariamente come sólo, uso que aún hoy día se conserva. A veces su esposa, ó bien alguno de sus hijos, son admitidos á su mesa, y entonces las doncellas del harem son por regla general llamadas á cantar ante él. Cuando el rey da un banquete, no admite sino doce concubinas. Los huéspedes beben con el rey, pero no del mismo vino. Están sentados en el suelo, mientras que el príncipe está acostado en un asiento con pies de oro.

Sometido á menos ceremonial el lujo refinado de los sátrapas, daba, tal vez, carrera más libre para estas delicadezas de la mesa, una de las investigaciones más apreciadas en Persia por todas las clases ricas. Los vinos eran exquisitos, y se saboreaban en copas preciosas; la comida, de una delicadeza infinita.

Los natalicios se celebraban con grandes regocijos, y otras solemnidades servían de pretexto á la vuelta de las comidas suntuosas.

Todo da aquí idea de un feudalismo soberbio y fastuoso. El aparejo guerrero es de lo más magnífico. ¡Qué pintura no ha hecho de él Herodoto! ¡Qué espectáculo el de las naciones del Asia ordenadas en ejércitos!

Los jefes de los persas, armados del arco y de cortas azagayas, están cubiertos de ornamentos de oro, de brazaletes, de collares, de anillos y de sortijas y pendientes.

Tales se presentan, sobre todo, los *inmortales*. Se llama de tal suerte á esta guardia escogida en donde todo guerrero que cae es inmediatamente reemplazado. Estos mil guerreros van acompañados de numerosos criados, camellos, mulos y otros animales de carga para su bagaje, y los más suntuosos carrmatos llevan sus mujeres con sus sirvientes.

Darío parece el primer fundador de este fausto monárquico, que no contribuye poco á hacer dar al monarca de la Persia, por los griegos, el título de *gran rey*.

Cada pueblo tiene así su Nabucodonosor, su Sesostris, su Luis XIV.

Es el mismo Darío quien, no contento de embellecer á Susa, levanta Persépolis y la llena de grandes edificios.

Hemos citado el palacio que lleva aún el nombre de Persépolis. Se ha descrito á menudo, enumerando sus sorprendentes escaleras de mármol en donde diez caballeros podían subir de frente, sus vastas terrazas y sus fuentes, su bosque de columnas que en todas partes reproducen la imagen de la palmera y del loto.

¿En qué manantiales se alimentaba el lujo de los príncipes y de los grandes? Las brillantes producciones de la Persia y de las provincias sometidas á su imperio no fueron para ello bastante. Fué necesario juntarlas el empleo de la fuerza y de la expoliación. A esas reinas, á esas favoritas, á esos ricos y poderosos señores, el rey fijaba su asignación en una provincia.

Una comarca fértil, bastante larga para que tuviera que emplearse un día para atravesarla, fué de tal suerte destinada únicamente á la cintura de la reina.

Temístocles recibió *para su pan* la ciudad de Magnesia, quién le aportó cincuenta talentos; Campsaca, *por su vino*, y Alyonte, *por las legumbres*.

Estas *asignaciones*, de las cuales el rey tomaba su parte, le volvían á él después de la muerte de los titulares. Algunas, sin embargo, se hicieron hereditarias con las cargas de la corte.

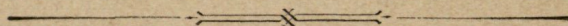
A estos recursos extraordinarios se juntaban otros habituales.

El impuesto daba regularmente enormes sumas sustraídas á la inmensa extensión del imperio, la Persia exceptuada.

Veinte satrapías, establecidas por Darío, comprendían, además del imperio de los persas en Asia, el Egipto y la Cirenaica, una parte de la Tracia y las islas del mar Egeo. Los impuestos en dinero, pagados por los diversos gobiernos, se elevan á 14.560 talentos euboicos, cerca de 100 millones de nuestra moneda.

Los tributos en frutos tuvieron aún una importancia más grande. Júntanse á ellos los

derechos de pesca y de riego, concedidos por el rey á precio de dinero. Además de las cargas principales, varias provincias enviaban tributos particulares, entre los cuales algunos ofrecían el carácter de objetos ó productos del lujo. Los cilicianos suministraban por año trescientos sesenta caballos blancos; los etiopios, dos cuartanes de oro, doscientos tronos de ébano, cinco jóvenes esclavas y veinte colmillos de elefante; los colchidianos enviaban cada cinco años cien muchachos y cien muchachas; Babilonia daba quinientos eunucos; los árabes, mil talentos de incienso. Es sin duda por haber traficado con sus rentas por lo que Darío recibió el sobrenombre poco lisonjero de *mercader*.



PERSISTENCIA DEL LUJO IRANIO.—LO QUE ES HOY DÍA EL LUJO PERSA.

El lujo persa debía atravesar todas las edades.

No tengo por qué recordar el esplendor que tuvo con Jerjes y con este otro Darío, quien más tarde vióse forzado á dejar sus tesoros en manos de Alejandro.

Le encontramos con un esplendor apenas disminuído bajo los Arsacidas, quienes reinaban en tiempo de Augusto. Es igualmente dudoso que cedieran en magnificencia á los Achemenidas, sus predecesores.

Se señala en los siglos más aproximados, en cuanto á las formas bajo las cuales el lujo se produce, una variedad que proviene del contacto de la Persia con el gusto griego, romano, asirio, indiano y bárbaro.

De ahí una multiplicidad de obras mixtas, producidas con una abundancia que da testimonio de grandes recursos.

Se admira que pueda este país fomentar y pagar tantos trabajos diversos y costosos; entretener y crear ciudades opulentas, como Hecatompylos, que llegó á ser una capital inmensa, como Rhagés y Ctesiphon; sostener la magnificencia de sus reyes, quienes gozaban, así como los antiguos monarcas, los más espléndidos «paraísos»; levantar, finalmente, sobre toda la superficie del territorio un tropel de castillos, también soberbiamente adornados, lo mismo que bien construídos, y habitados por los grandes feudatarios.

De esta Persia envilecida bajo la república y el imperio romano, se conservarán sus brillantes costumbres, ya sea en la guerra, ya sea en la paz. Las medallas y sellos permiten hacerse de ello la idea más exacta. Se señala en el equipo militar la armadura escamosa que se asemeja á la cota de malla de la Edad Media ó loriga. Este vestido cae, en esta época, un poco más alto que la rodilla, dejando ver calzones atados con cintillas cruzadas ó dejadas largas hasta los borceguíes. De la cintura pende el cuchillo derecho, cortante por los dos filos, llamado hoy «gama». Alguna vez el tocado es un casco redondo, que se parece al almete actual de los circasianos y de los kurdos. Tampoco tiene visera.

«Lo más á menudo, dice un recién explorador de las antigüedades iránias, el caballero

está cubierto de la *cassia* macedoniana, desconocida en los monumentos iraníes antes del tiempo de Alejandro, y cuyo uso se mantuvo sin duda como particularidad militar, evocando los recuerdos más gratos á los descendientes, á los amigos, á los compañeros de los epígonos y de los guardias de Macedonia. Además, los dióscuros llevaban también esta *cassia*. Jamás se mostró en Asia antes del tiempo de Alejandro, quien la había llevado de su patria, y es por esto que los cilindros y las piedras grabadas, en las cuales se la encuentra muy frecuentemente en concurrencia con leyendas cuneiformes, no deberán pertenecer sino al período arsacide, y no, como se ha pretendido, á los tiempos babilónicos ó ninivitas. Era un sombrero de fieltro, de grandes bordes, de fondo combado, un poco puntiagudo, terminado por un largo botón plano.»

En el lujo, á través de tantas transformaciones profundas, ha quedado el carácter de esta antigua tierra irania, y las formas han cambiado poco.

Nótase hoy la misma inclinación que otras veces por la pedrería y los diamantes.

Tal personaje rico llevará hasta quince ó dieciséis sortijas, cinco ó seis en el mismo dedo.

Tal otro las llevará en su cuello y sobre su pecho á paquetes, de los cuales cuelgan atados un sello y una pequeña bolsa.

Ornan con piedras preciosas sus puñales y sus espadas. Las ostentan en su tahalí y lucen sus broches de oro esmaltado. Cubren sus cabezas y sus bonetes de brillantes. Los arreos, las sillas de oro, los bordados de perlas adornan sus cabellos.

La rica persa ha guardado su brillante traje, calza los borceguíes soberbiamente bordados. Hilos de perlas bordan el contorno de su cuello. Penachos de pedrería se levantan sobre su cabeza. Hasta algunas veces pone de ellas entre las cejas. Una vuelta de perlas, fijada alrededor de las orejas, llega algunas veces también hasta la barba.

El hombre y la mujer tienen sobre todo suntuosos vestidos de repuesto; este es el principal gasto.

En vano el mobiliario es simple. Ofrece á la admiración sólo algunas partes delicadamente tratadas: los cofrecillos incrustados y adornados con un gusto exquisito. Las encuadernaciones, los libros ilustrados, son maravillosos. Las armas son alhajas. Ningún rico puede pasarse sin cobertores de brocado, sin grandes y espléndidos tapices, producto del arte más consumado, superioridad industrial persistente en esta comarca lujosa y decaída.

Se ha visto este último lujo ostentarse en nuestras grandes exposiciones. Ninguna ciudad en Oriente sobrepuja ó iguala á Recht en esta rama tan lucrativa de su comercio: los tapices en mosaico ó *gulduzi* que admiran nuestros ojos. Estos pequeños pedazos de trapo, de colores diversos, ingeniosamente dispuestos y cuyas costuras quedan disimuladas bajo los bordados que forman como un cañamazo; esta serie de dibujos en relieve, en donde el capricho del artista se aplica en su ornato, ofrecen á la vista una confusión resplandeciente de arabescos, de flores, de pajaros, de animales fantásticos y se presentan bajo la forma variada de manteles, de portiers, de mantillas para los caballos, etc. Algunos de estos mosaicos alcanzan un valor de 1.000 francos y más, precio relativamente módico, si se imagina la suma de paciencia que reclama un trabajo parecido.

De la Persia nos han venido esos tejidos impresos de grandes ramilletes de flores de colores brillantes, de grandes ramajes, de los cuales se ha hecho tanto uso en tapicería para los tabucos y cuartos de dormir.

El carácter eminentemente monárquico del lujo pérsico no se ha perdido, menos que el otro. El moderno heredero de los Daríos y de los Jerjes, por reducido que sea su papel, continúa aún siendo el primer poseedor de diamantes del mundo entero.

Su persona está cubierta de ellos; su palacio está lleno.

Este palacio no difiere por el mueblaje, tal vez, gran cosa, del de los Arsacides.

Ante el palacio del *shah* actual, los antiguos monarcas persas no tendrían que avergonzarse, y nada les advertiría al primer aspecto de la inconmensurable decadencia de su gloriosa patria.

¿Es indigna de las magnificencias de otro tiempo esta primera sala, llamada de la Coronación, con sus cuatro columnas macizas, doradas, las cuales apenas dos hombres podrían abrazar, con su famoso trono, llamado trono de los Pavos, pieza maestra persa del último si-

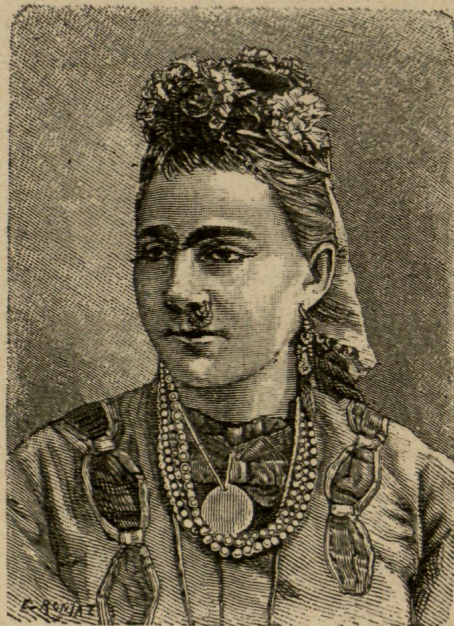


Fig. 242.—Dama de Damasco llevando el Nezem.

glo, que se parece á una gran cama parada, cercada de un poyo de un pie de alto, en donde brilla un sol de diamantes, trono revestido de oro en toda su superficie, sostenido por dos leones?

Los esmaltes que le adornan, en donde están reproducidos los versículos del Korán, no son menos dignos de admiración. Los diamantes, rubíes, turquesas, esmeraldas y zafiros de que está guarnecido el exterior del mueble, se cuentan por centenares. El sitial está adornado de una cubierta de cachimir, franjado de perlas una altura de dos dedos; la tela ha desaparecido completamente bajo esta masa brillante. Hay solamente allí, según se asegura, por más de un millón de joyas.

El frente de la sala está adornado de un objeto único en su género. Es una esfera de oro, afianzada por una campana de cristal, y la cual descansa en un pedestal muy elegante, cuyos pies de oro puro están incrustados de perlas y diamantes. No acabaría nunca de enumerar todos los otros objetos de oro, mezclados con piedras preciosas, que se encuentran en esta

maravillosa morada. ¿Por qué no es esto más que una máscara que oculta una miseria demasiado real? ¡Y cuanto no ha sufrido el mismo lujo en las grandes ciudades!

Sin embargo, Ispahan, en medio de sus ruinas sin número, presenta aún los rasgos de una verdadera grandeza.

Los palacios del Tchegar-Bâgh, y sobre todo el Colegio de la Madre del Rey, atestiguan una magnificencia que nuestras más bellas capitales de Europa no han sobrepujado.

¿Por qué la incuria de los gobernantes deja perecer poco á poco estas maravillas que recuerdan otra edad?

Un régimen administrativo lleno de corrupción, de desorden y de vicios de toda natura-

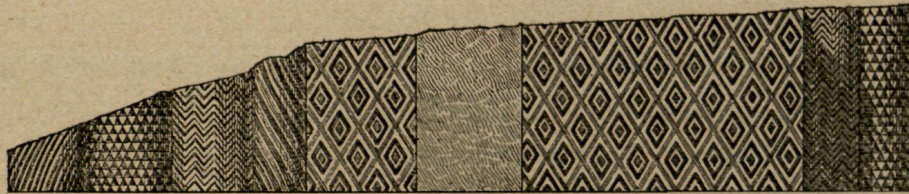


Fig. 243.—Decoración de una fachada de Warka.

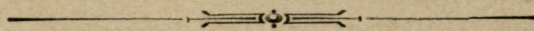
leza, pesa en las comarcas, naturalmente tan fértiles, y las condena á una esterilidad desastrosa.

Una raza inteligente se entorpece en la pereza ó sucumbe bajo esfuerzos sin resultado.

Nada de caminos, y para el viajero sólo miserables paradores. Los pueblecillos mal edificados, sucios, malsanas las casas, cimentadas con el lodo; grandes ciudades mal construídas, poco protegidas contra el frío, que se deja sentir con rigor en el norte, y apenas sólidas.

En Teherán solamente, durante el invierno de 1874, el número de víctimas aplastadas por la caída de edificios se eleva á cerca de 150. De ello se acusa á la fatalidad. Los terremotos, el hambre, la peste, terminan la obra de la imprevisión. Manzanas enteras se hundien, pueblos enteros desaparecen.

Antiguamente, el lujo, aunque acompañado de muchas miserias y de opresiones, hacía vivir una parte de la población trabajadora. Las industrias útiles, un movimiento comercial animado, derramaban el bienestar, al menos entre ciertas clases del pueblo de las ciudades y de los campos. Hoy la miseria ocupa casi toda la escena. Se trata de hacer renacer la civilización en las comarcas de Oriente. Interrogamos todos los puntos del horizonte, y buscamos en vano de dónde vendrá este aliento reparador.



LUJO DE LOS MEDOS Y DE LOS LIDIOS.

El pasado nos llama. No podemos abandonar la Persia sin decir al menos una palabra del lujo de dos pueblos que estuvieron en perpetua relación con los persas, y con quienes estuvieron mezclados durante un cierto tiempo, los medos y los lidios.

¿En dónde se ve mejor que entre los medos realizarse el rápido pasaje de las costumbres rudas y guerreras, á las costumbres refinadas?

La Asiria entrega el secreto de su lujo al pueblo victorioso, y le abandona su tesoros.

Una monarquía llena de pompa, estableciéndose con Dejoces, contribuye por su lado á dar á la vida más hermosura y delicadeza.

Los historiadores han descrito estas largas ropas talaras que tenían grandes mangas perdidas, este vestido ancho y flotante, de una elegancia noble, cuyo tisú estaba teñido de colores brillantes y ricamente bordado de plata y oro. Jenofonte habla de su tocado, y es fácil de reconstruir, valiéndose del autor de la *Ciropedia* y de las descripciones precisas y detalladas de Herodoto, el conjunto de este lujo, en el que sorprenden los rasgos todavía subsistentes de una ruda barbarie. En las esculturas de las cuales hablábamos, revive el imperio de los medos y de los persas, unión de dos sociedades, constitución refinada y bárbara, que está muy bien figurada por la cabeza de un mago con el cuerpo de toro.

Armados de una rica tiara que cubría sus largos cabellos, cargados de brazaletes, de cadenas de oro y de collares sembrados de piedras preciosas, los ojos y las cejas pintadas, la cara afeitada, mezclando á sus cabellos las cabelleras artificiales, los medos juntaron á este lujo de compostura refinamientos y profusiones de mesa extraordinarios. Viéronse mezclados con refinamientos de una delicadeza afeminada, á la música y á los bailes que acompañaban las comidas, y al uso frecuente de libaciones copiosas, una embriaguez llena de arrebatos.

Las corrupciones del lujo lidio debían dejar hasta muy atrás las del lujo de los medos.

Y sin embargo, confesémoslo, ¡cuántas artes ingeniosas no se presentan en donde se encuentra de nuevo la señal de una raza elegante y orgullosa!

Esta raza había sido también heroica. Se había visto poco antes á los enervados lidios, combatir ahora á caballo intrépidamente, armados de lanzas de longitud desmesurada. Sus costumbres se hicieron pesadas poco á poco, bajo la influencia de refinamientos enervantes y de degradaciones enteramente vergonzosas.

La Lidia tuvo que ceder ante el ascendiente militar de la Persia, que guardaba aún su vigor. ¡Pueblo justamente castigado, por no haber sabido hacer que sirvieran más que para los placeres tantos recursos admirables, la extraordinaria fertilidad de su suelo, su gran comercio, su montaña aurífera, el Tmolus, y su famoso Pactolo, que arrastraba el oro en su curso!

Al lujo también fué empleado este mineral, cuyo uso era entre ellos tan antiguo, que las tradiciones les atribuyen su descubrimiento. Con la ayuda de sus lingotes, los lidios compraron otros productos á los griegos, quienes se los entregaban en cambio del precioso metal, convertido por éstos en estatuas de dioses.

Una tal comarca parecía predestinada al lujo y á los placeres. Sardes reedificada suntuosamente bajo la dominación pérsica, se convierte en centro de las delicias de Asia, la residencia favorita de los reyes de Persia, cuando venían al Asia Menor. Los extranjeros concurrían á ella. Los hoteles, afectados á su uso, fueron magníficos edificios públicos. Esta villa ofrecía elegantes manufacturas, tales como los juguetes de los niños, trabajados con mucho arte; las danzas y los pasatiempos de una ciudad llena de movimiento y de alegría, presentaba principalmente los groseros incentivos de una lujuria rara vez igualada hasta en Oriente. El desarreglo era en todas las clases favorecido por los recursos que presentaba al vicio el gran mercado de esclavos, en donde venían á reclutarse los haremes de varios grandes pueblos del Asia.

Esta Lidia corrompida tuvo, no obstante, su lujo religioso, ya fuera que allí hubiera también almas menos degradadas por los goces, ya que los mismos hombres aliasen á los vicios la superstición.

Las ofrendas á los dioses fueron á menudo espléndidas. Los reyes se ven en la necesidad más de una vez de rendirles homenaje bajo las formas más suntuosas. Alyarte, curado de una enfermedad, consagra á Delfos un cráter de una dimensión muy grande, montado en un soporte de hierro soldado, el cual ofrecía á los ojos una de las cosas más bellas que se pueden ver entre los monumentos de Delfos: era la obra de Glauco de Chio, quien dicen fué el primero que encontró el arte de soldar el hierro. Los dones ofrecidos á los dioses por Creso, sobrepujan toda idea. Para hacerse al dios de Delfos favorable, le inmola tres mil animales de todas clases. Hizo construir una dilatada pira, sobre la cual amontonó camas cubiertas de láminas de oro y plata, un gran número de vasos de oro, ropas y túnicas de púrpura, y mandó pegarle á todo fuego. Con la inmensa cantidad de oro que recogió de las cenizas de la pira, se fundieron semiladrillos de oro en número de ciento diecisiete, una figura de león, dos pesos de diez talentos, presentes todos enviados al templo de Delfos. Creso juntó á ello dos cráteres muy grandes, uno de oro y otro de plata, dos vinajeras de plata de forma redonda, una estatua de mujer en oro, alta de tres codos, imagen, decían las gentes, de Delfos, de la mujer que hacía el pan de Creso. Los ornamentos del cuello y los cinturones de la reina, su esposa, fueron igualmente consagrados por el príncipe.

¡Homenaje interesado! El opulento monarca, quien medía sus sacrificios por sus esperanzas, contaba en cambio obtener de los dioses la victoria en esta guerra con los persas, que un oráculo malhadado le había ordenado emprender. Vencido, se le ve con una cólera infantil querer recuperar las ofrendas hechas al dios ingrato. El dios las guarda, sin embargo, y hace decir al rey por su oráculo palabras picantes. Se le probaba que falto de penetración, interpretó mal un oráculo, el cual podía justamente significar lo contrario de lo que había deseado comprender.

Un hombre que no pronunciaba otros oráculos que los de la sabiduría, Solón debía hablarle más claramente.

¡Oh qué bella y animosa oposición hecha al lujo en el tono más tranquilo! El ateniense significa al rey que le muestra sus riquezas, que él no le ponía ni en el primer, ni en el se

gundo, ni en el tercer rango de los hombres dichosos. ¡Cuántas cosas superiores á estos deslumbrantes tesoros: una vida dichosa y simple en una honesta familia, una heroica abnegación filial, una muerte gloriosa al servicio de la patria!

El rey debió escuchar con desagrado estos avisos de una indiscreta sabiduría. Pero lo recordó en el campo de batalla, en donde perdió su poder y sus tesoros.

La Lidia tuvo sus rivales, no obstante, en otras ciudades opulentas. Tales fueron: Mileto la capital de la Coreia, que conocía otras superioridades que la finura de sus lanas; Celaena, la frigiana, con sus elegantes tisús de pelos de ovejas, de cabras, de conejos bastante parecidos á los de Angora, con su real palacio, sus magníficos establecimientos de todo género, sus jardines de recreo y sus *paraísos*, parques tan soberbios como espaciosos, donde se corría caza mayor, y en donde acampaban algunas veces ejércitos de doce mil hombres.

